

Alta Velocidad

La hora debería rondar las tres y media de la mañana, las calles estaban completamente desiertas no se veía ni un mínimo atisbo de vida como era de esperar en aquella fría y húmeda noche de febrero. La noche era silenciosa y el único ruido que rompía esa sepultura era el deslice de las ruedas de mi coche sobre el asfalto mojado. Sinceramente, no se ni como llegué ahí; lo último que recordaba era que me había bebido más de media botella de Jack Danes yo solita y todo ¿para qué? Para ver si olvidaba el desastre que era mi vida en ese momento. En realidad, no es la primera vez que lo hago, esto para mí se ha convertido en una especie de rutina después de que tuviera lugar el accidente. Primero, vuelvo del trabajo en el cual no me pagan una mierda, segundo me emborracho hasta que mi cuerpo tiene circulando más alcohol que sangre por las venas y para terminar, acabo desplomada en medio de la alfombra de mi cochambroso salón. Sin embargo, hoy era diferente, no iba tan pedo y tenía la sufriente consciencia como para conducir el coche entre las calles de mi barrio; debo añadir que soy una muy buena conductora ya que desde niña me gustaron los coches y mi padre tenía un viejo taller en el que cuando apenas tenía todos los dientes, ya me estaba enseñando a cambiar de marchas. Pero eso ya es cosa del pasado, cosa que ahora mismo hago el esfuerzo por no recordar ya que aun hay heridas abiertas en las cuales no quiero indagar. Justo cuando doblo la esquina de la calle me encuentro con la salida que lleva a la autovía, a pesar de saber que no es una buena idea y de ser consciente del estado en el que me encuentro me incorporo a la autopista sin pensármelo dos veces, por suerte para mí no hay ningún coche cerca, van todos hacia el otro sentido. No soy capaz de dejar escapar otro segundo antes de encender la radio, y dejar que inunde el coche con alguna canción que de verdad me guste. De repente, comienza a sonar una potente melodía, que haría bailar hasta el más tímido de la discoteca, por ende, decido cambiar de emisora en busca de una canción más relajante y calmada que me ayude a concentrarme en la carretera, no digo que ese tipo de música no me guste simplemente pienso que no son horas ni el momento para estar escuchando a alguien cantar esas barbaridades. Al cambiar de emisora, me encuentro con una canción que va ya por la mitad pero que desde el primer instante que llega a mis oídos soy capaz de reconocer. Sabéis esa ley de Murphy que dice que: “si algo malo puede ocurrir, ocurrirá.” Pues esto es exactamente igual, automáticamente mis uñas se clavan al volante como las de un águila a su presa y a continuación mientras la canción sigue sonando mi cuerpo se tensa por completo para no dejar que se desate por enésima vez el mar de

lágrimas que llevo conteniendo un buen rato. No podían poner otra puta canción que no fuera esa, no. Rápidamente todos los recuerdos empiezan a abordarme uno tras otro, sus risas, sus caras, ellos cantando a pleno pulmón por ultima vez, aquel abrazo y también el accidente. A causa de la nostalgia y de la pena que siento al revivir esas memorias noto como del pecho me arrancan una cicatriz que llevaba mucho tiempo intentando sanar. Pero no aguanto más, bajo la ventanilla para a ver si con un poco de suerte el fuerte y brusco viento que se cuela en el coche me hace no pensar en nada de nuevo. Mientras intento volver a poner la mente en blanco decido subir la velocidad, ya que más da, me dan igual las multas, la policía y todo. Solo quiero respirar, y para ello necesito correr por lo tanto la velocidad a la que voy por la autopista va subiendo poco a poco. El pie que tengo en el acelerador tampoco se levanta simplemente lo pisa con más fuerza siento como todo lo que está a mi alrededor se va haciendo más difícil de distinguir debe ser debido a la velocidad que he alcanzado. A todo esto ya hace mas de dos minutos que me he pasado la siguiente salida a la mía, no tengo destino al cual dirigirme por lo que me dejo llevar acelerando haciendo sonar el motor, ya he sobrepasado los 150km/h. No hay nada como el ronroneo de tu coche o eso decía mi padre. Otra vez vuelvo a sacar el tema de mi padre, me apostaría mi colección de libros a que se debe a los efectos del alcohol que están haciendo en mí el efecto contrario al que buscaba. Cuando vuelvo a posar los ojos en la carretera me doy cuenta que a menos de 5 metros hay un camión que viene de frente hacia mi y no tiene pinta que vaya a parar en un acto reflejo pego un volantazo que me hace derrapar y estrellarme.

En definitiva, estoy completamente loca tampoco es que tenga un motivo por lo que amar esta vida siendo sinceros ya lo perdí todo cuando fui la única que sobrevivio a este mismo accidente.